



tas de sus lanzas, apoyándolas en el fondo del río para ganar la orilla; pero entonces se abrió el fondo de la embarcación y cada uno de ellos cayó sobre la punta de su propia lanza. De esta manera murieron todos atravesados por sus propios venablos, menos uno que quedó ileso y que les había reprendido y avisado. Si ahora alguien creyere que esto fué casualidad, que considere que entre tantos culpables solo se libró el único inocente. Cuando aquellos bárbaros habían perecido de la manera dicha, los monjes les sacaron con los efectos robados del convento, sepultaron los cadáveres y volvieron los efectos al monasterio.»

Bueno es recordar aquí que Clodoveo y sus sucesores enriquecieron iglesias, pero asesinaron ó hicieron lo posible para asesinar á sus parientes mas próximos; pecados mucho mayores humana y cristianamente considerados que las atrocidades cometidas contra conventos é iglesias, atrocidades muy comunes, segun el derecho de guerra de aquella época. Pero antes que la moral humana y que la verdadera moral cristiana era para el honrado obispo Gregorio la eclesiástica; y por esto el saqueo de un convento, en el cual se conservan algunos huesos de San Martin, por guerreros bárbaros, le parecía un crimen que pedía á Dios venganza, mucho mas que el asesinato infuente de los sobrinitos por sus propios tíos, que enriquecían los conventos, y mucho mas que la quema de Gram con sus inocentes mujeres por el piadoso Childeberto I. Esta moral eclesiástica, destructora de la moral cristiana y humana, es tanto mas característica para la época cuanto que sale de la pluma de un varon tan honrado y excelente como el obispo de Tours. San Gregorio en su obcecacion eclesiástica miró como recompensa divina las ventajas que obtuvo Clodoveo con sus falacias y asesinatos infames, solo porque era fervoroso católico, mientras que consideró como castigo de Dios las atroces calamidades de la guerra que sufrieron los habitantes inocentes porque los soldados bárbaros saqueaban las iglesias y no hacían caso de las reliquias, crímenes peores para la moral eclesiástica que las horribles iniquidades de Clodoveo, Childeberto y Clotario. Mientras prevalecieron estas ideas sobre el gobierno del mundo, jamás pudieron prosperar la justicia, el Estado ni la moral humana y social cuando estuvieron en conflicto con la Iglesia.

Sigamos ahora la narracion de San Gregorio:

«Entretanto, el rey Sigeberto llamó á las armas á sus pueblos del otro lado del Rhin para marchar contra su hermano Chilperico, el cual, al saberlo, envió mensajeros al otro hermano Gontran y ambos se prometieron sostenerse mutuamente. Cuando Sigeberto llegó con aquellos pueblos en frente de la hueste de Chilperico, no sabía cómo pasar el Sena (1) para atacarla. Entonces envió recado á Gontran, diciéndole: «Si no me dejas pasar el río en la parte de tu territorio, caeré sobre tí con todo mi ejército.» Gontran se espantó (porque era inconsecuente y débil, pero no tenía ni sombra de la perversidad de Chilperico); se alió con Sigeberto y le dejó pasar. Al conocer Chilperico que Gontran había abandonado su causa y se había pasado á Sigeberto, levantó su campamento y se retiró hasta Avallocium (2), aldea en el territorio de Chartres; Sigeberto le siguió y le envió á decir que designara el campo de batalla (costumbre antigua de los guerreros germánicos); pero el otro, temiendo que si en la batalla ambos ejércitos se destruyesen podría el reino franco derumbarse, solicitó la paz.»

(1) Antes se creyó que debía de ser el Saona; pero Guadet y Taranne han probado, por medio de otros pasajes de Gregorio de Tours en *Glor. Martyr.*, 72, y *De miraculis S. Martini*, que el suceso ocurrió á orillas del Sena.

(2) Hoy Alluye, segun Ruinart.

No es probable que Chilperico tuviese semejante pensamiento elevado; es mas verosímil que tuviese miedo á los guerreros del otro lado del Rhin que llevaba su hermano, porque de otro modo no le habria hecho asesinar poco despues, atendido que con esto quitaba una columna del reino franco. La guerra, sin embargo, continuó, y los contemporáneos supusieron que la reina Brunequilla instaba á su esposo para vengar á su hermana. En una carta que todavía se conserva, escrita por San German, obispo de Paris, á la reina, se esfuerza el obispo en apartar el peligro; Radegunda también intervino á favor de la paz, y Chilperico restituyó las ciudades que había conquistado, por orden suya, su hijo Teudeberto y hasta suplicó á Sigeberto, lo cual no era de ninguna manera conforme con su carácter y modo de proceder, que en todo caso no castigara á los habitantes, pues que él les había obligado á sangre y fuego á someterse.

«Las aldeas inmediatas á Paris, — sigue diciendo San Gregorio, — fueron incendiadas despues de saqueadas y los vencedores se llevaron prisioneros á sus habitantes. El rey Sigeberto suplicó á sus guerreros que no hicieran tanto daño, pero no pudo enfrenar la ferocidad de los pueblos que había llevado del otro lado del Rhin y tuvo que dejarles hacer hasta que pudo regresar á su país. Muchos de aquellos bárbaros le reconvinieron por haber evitado la batalla decisiva; pero él, intrépido como era, montó á caballo y los calmó con buenas palabras, sin perjuicio de hacer lapidar despues á muchos de ellos.»

La pena de muerte por lapidacion no se encuentra en los pueblos germánicos mas que entre los francos y los que habitaban la Suecia y la Noruega. Por lo demás, tenemos aquí, en el año 574 ó 575, un caso semejante al que ocurrió cuando el reparto del botín y del jarron de Soissons en el año 486, en que vimos que cada guerrero germánico era tanto como el rey, cuya autoridad duraba solamente lo que la expedicion, y concluida ésta y repartido el botín podía el jefe vengarse de los disculos é impertinentes, pero no castigarlos.

Hecha la paz entre los dos hermanos, dice el obispo de Tours: «Para que nadie pudiese dudar que esto (la paz sin batalla campal) se había efectuado por la intervencion milagrosa de San Martin, tres paralíticos recobraron aquel mismo día, en la basílica del santo, el uso de sus miembros.» Es decir que, en aquel tiempo, toda coincidencia casual servía como milagro, el cual no perdía mérito aunque como entonces la paz maravillosa no llegara á durar un año, porque á renglon seguido dice aquel historiador ingénuo, pero sinceramente conmovido: «El dolor traspasa mi corazón al tener que seguir hablando de esta guerra civil; porque un año despues, Chilperico envió otra vez una embajada á su hermano Gontran, diciendo: «Que venga mi hermano, á fin de que nos veamos y nos reconciliemos y persigamos á nuestro enemigo Sigeberto.» Despues de haberse visto y haberse hecho ricos regalos, Chilperico llamó á su gente á las armas y avanzó hasta Reims, incendiando y asolándolo todo. Sigeberto volvió á llamar también á sus pueblos del otro lado del Rhin (tan temidos de los francos de la Neustria y que eran refractarios á todas las tentativas de Chilperico para sobornarlos) y marchó con su hueste sobre Paris. Al mismo tiempo mandó á los habitantes de Dun (hoy Chateaudun) y de Tours que marcharan contra Teudeberto (que probablemente mandaba una parte de las fuerzas de su padre y operaba independientemente de él); pero como tardaron á hacerlo les envió los jefes Godigiselo y Gontran (que despues fué llamado Gontran Boso) para acaudillarlos. Estos jefes reunieron la hueste y marcharon contra Teudeberto, que abandonado de casi todos los suyos se adelantó impávido á su encuentro con los pocos que quedaron con él. Teudeberto

fué vencido y murió; los enemigos, triste es decirlo, despojaron su cadáver, pero fué recogido y lavado por un tal Arnulfo, y luego, vestido decentemente segun su clase, fué sepultado en la ciudad de Angulema. Chilperico, cuando supo que Gontran se había reconciliado otra vez con Sigeberto, se retiró con su esposa é hijos á Tournay, donde se fortificó.

»En aquel año se volvió á ver un gran resplandor en el cielo como se había visto poco antes de la muerte de Clotario (lo cual probablemente se interpretó esta vez por un presagio de la próxima muerte de Sigeberto). Sigeberto, entretanto, fué tomando ciudades hasta Paris, avanzó hasta Ruan y quiso entregarlas todas á los «enemigos» (es decir, á los germanos del otro lado del Rhin que formaban su hueste), pero los suyos (sus guerreros francos) le impidieron hacerlo, porque los germanos de la orilla derecha del Rhin eran gentiles en su mayor parte. Entonces regresó á Paris, donde se reunió á él Brunequilla con sus hijos. Al poco tiempo recibió una embajada de los francos que habían tenido á Childeberto I por caudillo, invitándole á que pasase á su país.» Estos francos, en virtud de su independencia individual y de su derecho de elegir por jefe á quien mejor les pareciera, querían nombrar á Sigeberto en lugar de Chilperico, pero la mujer de éste, Fredegunda, sospechando el peligro, trabajaba ya para evitarlo.

«Sigeberto envió entonces fuerzas contra su hermano en Tournay, con intencion de pasar también allí y sitiar á Chilperico; pero el santo obispo German de Paris le dijo: «Si te vas y no tratas de matar á tu hermano, regresarás victorioso y vivo; pero si sales de Paris con otras intenciones, perecerás, porque el Señor dijo por boca de Salomon: «El que cavare una fosa para su hermano, caerá dentro de ella.» Sigeberto no hizo caso, por nuestros pecados, de este aviso, y cuando llegó á la hacienda llamada Vitry (1), donde se reunió toda la hueste (es decir, los francos de aquellos territorios que querían elegir por caudillo á Sigeberto en lugar de Chilperico), fué levantado sobre el pavés y elegido rey; pero entonces se le acercaron dos criados, sobornados por Fredegunda con malas artes, como para comunicarle algo, y le hundieron cada uno en un costado un fuerte cuchillo envenenado llamado *seramasax*. Sigeberto dió un grito, cayó y pronto dejó de existir (en el año 576).

»Allí murió también Carigiselo, su camarero; y Sigila, que había llegado de la Gotia (el país de los visigodos), quedó cubierto de heridas y luego cayó en poder de Chilperico, el cual mandó quemarle con hierros candentes todas las coyunturas y arrancar un miembro tras otro hasta que murió. Carigiselo era persona liviana é interesada, que pensaba sólo en su interés. De humildísima condicion, se hizo grande al lado del rey con sus adulaciones. Para apropiarse bienes ajenos falsificó testamentos, y acabó de la manera dicha, sin que Dios le permitiera cumplir su última voluntad, ya que tantas veces había inutilizado la última voluntad de otros.

»Entretanto Chilperico estaba muy angustiado, sin saber si escaparía del peligro ó si sucumbiría, porque entonces eran muchos los francos que habían abandonado la causa del mal rey, y los de sus dominios hereditarios se habían pasado á Sigeberto, que le estaba sitiando en Tournay.»

Que la situacion de Chilperico era desesperada, resulta también de un pasaje de su panegirista Venancio Fortunato, sobre todo despues de haber sucumbido su hijo, que había mandado su ejército mejor, ó quizás único, porque la historia no menciona ningun otro.

Entonces Fredegunda dió á luz un hijo, y viéndose en tan grave peligro y con la muerte segura delante, se separó del

(1) Entre Douay y Arras á orillas del Scarpe, segun Miracus y Ruinart.

niño y quiso que le mataran; pero Chilperico, algo mas humano que su mujer, la reprendió é impidió que consumara aquel acto criminal de desesperacion. El niño recibió el nombre de Sanson, y probablemente fué bautizado por el obispo Crasmaro, que lo era de Tournay y de Noyon ó Vermandois. En tan terrible situacion, llegaron mensajeros que enteraron á Chilperico de la muerte de su hermano; y entonces salió de la ciudad con su mujer é hijos en busca del cadáver de Sigeberto, y le hizo vestir y sepultar en la aldea de Lambres (2), de donde despues fué trasladado el cadáver á Soissons y sepultado al lado de su padre Clotario en la iglesia de San Medardo, que él mismo había hecho construir. Murió á la edad de 40 años y en el décimocuarto de su reinado, pues que Clotario murió en el año 561.

Estos sucesos y el juicio que sobre ellos hacen los escritores, y en general el pueblo contemporáneo, dan lugar á consideraciones curiosísimas.

Ya no nos sorprende que Venancio Fortunato, «el cantor piadoso,» cuyo silencio respecto del asesinato de Galsuinta hemos hecho resaltar, no manifieste esta vez sino regocijo despues de los sucesos últimamente referidos, y no encuentre bastantes palabras para ensalzar (3) á su amo y á su esposa la reina Fredegunda, mujer disoluta y sanguinaria de la cual dice: «Enaltece al país con su conducta y lo gobierna con su esposo, previsora en sus consejos, atenta al porvenir, enérgica, discreta, de inteligencia poderosa, útil á la corte, dádiosa, adornada de todas las cualidades mas bellas, cuya faz irradia la dicha; te ayuda Fredegunda (oh Chilperico) á llevar la carga demasiado pesada del reino; te hace prosperar con su talento y bondad, y con su cooperacion florece la honra de tu casa.» El citado autor, que posteriormente fué obispo de Poitiers, escribió estas frases inmediatamente despues del asesinato de Sigeberto, en el poema en que celebra la salvacion de los reyes sitiados, si bien debía saber forzosamente que el asesinato había sido dispuesto por Fredegunda. Lo mas curioso es que Fortunato era persona sinceramente devota y creyente, que nada tenía de hipócrita, y que con toda buena fe atribuye la salvacion de sus malvados soberanos á la intervencion de Dios, de donde podría deducirse que, en su concepto, Dios había inspirado y protegido el fratricidio.

Gregorio de Tours, en cambio, confiesa francamente que la reina Fredegunda fué la verdadera autora del asesinato, pero dice que, «para castigo de nuestros pecados,» pereció el rey Sigeberto porque no había hecho caso del aviso profético del obispo Germano, único crimen de que podía acusarse en aquel momento, pues aun no había tenido ocasion de atentar á la vida de su hermano, su encarnizado enemigo. La profecía del obispo de Paris debía cumplirse á todo trance, y para mayor injusticia murieron con el rey dos de sus servidores, uno de los cuales había falsificado testamentos y por tanto debía morir sin testar por disposicion divina, segun el obispo de Tours.

Esta teoría monstruosa era consecuencia de la filosofía de la historia enseñada por San Agustin, la cual ha dominado en toda la Edad media y extraviado el raciocinio y la filosofía del derecho.

## CAPITULO VI

DESDE LA MUERTE DEL REY SIGEBERTO HASTA LA DEL REY CHILPERICO, Ó SEA DESDE EL AÑO 576 HASTA 584

Sigeberto fué, indudablemente, el mejor y el mas capaz de los tres hermanos. No tenía la sensualidad bestial ni la fero-

(2) Entre Cambay y Arras á orillas del Scarpe. — Ruinart.

(3) En su *Carminum*, IX, 1 hasta 5.